

ABRAZANDO LA DECEPCIÓN.

Introducción. Si algo tiene el cristianismo es una honradez tremenda y una crudeza real a la hora de afrontar la fragilidad y la pequeñez humanas. No busca endulzar la realidad, o disfrazarla mostrando sólo el aspecto positivo y alegre de la vida. No se evade y huye cobardemente de todo aquello que nos asusta o nos supone conflicto. Nos pone delante de los ojos un camino real de estrechez, de un respeto total a la libertad de las personas para acceder al interior de la fe. La invitación no es a un camino fácil lleno de éxitos, de comodidades, o de seguridades.

“Y a todos les decía: Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz cada día y sígame. Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí la salvará.” Lc 9,23-24.

La oferta del Señor al seguirle es a ser capaces de afrontar con Él, a su lado, la estrechez de aprender a desear una vida plena, sin llanto, sin dolor, caminado en esta historia nuestra, en nuestro presente, con toda la carga de dolor, de sufrimiento, de frustración, que cada día la vida nos trae. A eso le llamamos la cruz de cada día que tenemos que aprender a identificar. Y que esa experiencia de indefensión frente a lo que nos supera no nos deprima, ni nos condene a una tristeza crónica, sino que se convierta en energía creadora, en oportunidad para crecer en el amor. abrazar la decepción y no rechazarla, es lo que nos permite seguir creciendo en un amor que se parece al de Jesús.

“Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta!, ¡qué angosto el camino que lleva a la vida!, y son pocos los que dan con ella.” Mt 7,13-14.

No se nos brinda un camino cómodo. Que le pregunten a un bebé antes de su nacimiento si es cómodo, o estrecho, el lugar que nos lleva a la vida. Y esa dinámica del parto, nos acompaña el resto de la vida. La tensión entre lo conocido, lo domesticado, lo dócil. Y las fuerzas que nos impulsan a salir de esos espacios de confort, que nos desinstalan, nos lanzan más allá de nosotros mismos. Pero si por miedo a la novedad, nos quedamos con lo conocido, ni crecemos, ni aprendemos, ni descubrimos todo lo que nos rodea más allá de nuestros propios límites. Quedamos en la orilla de la vida, o bogar mar a dentro, esa es la diferencia. Por eso la invitación de Jesús es a poner la confianza en el centro de nuestra relación con Él. Esa confianza de poner en el nuestra mirada y la seguridad de ir encontrando en el camino el sentido a lo que vivimos. Puede que no lo entendamos a la primera. Jesús quiere lavar los pies a Pedro, y este se resiste, pero le dice, lo comprenderás más tarde.

Lo que Dios nos dice. “Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado.” Heb, 12,1-4.

Madurar es ir pasando de la infancia donde todo se sueña y se visibiliza de una manera idealizada, donde mis papas son los mejores, y todo lo que me rodea es mío. A un acercamiento a lo real, que necesita inevitablemente integrar lo negativo, lo contradictorio, lo frágil acogiendo el punto de contradicción, de desajuste, de falta de adecuación entre lo que deseo y lo que en realidad vivo. El trabajo es tratar de que esa distancia que se establece entre lo que deseo y lo que ocurre no me desajuste, sino que active el principio de confianza. Quizás aquello que me gustaría ser, o vivir, no es lo que en realidad me tiene preparado el amor de Dios. Por que es en lo real de lo que soy, de quien soy, de mis límites y de mis fortalezas donde encuentro lo que deseo.

“¡Ay del que pleitea con su artífice, vasija contra el alfarero! ¿Acaso dice la arcilla al artesano: ¿Qué estás haciendo, tu vasija no tiene asas? ¡Ay del que le dice al padre: ¿Qué engendras?, o a la mujer: ¿Por qué te retuerces? Así dice el Señor, el Santo de Israel, su artífice: Y vosotros, ¿vais a pedirme cuentas de mis hijos? ¿Me vais a dar instrucciones sobre la obra de mis manos? Yo hice la tierra y creé sobre ella al hombre; mis propias manos desplegaron el cielo, y doy órdenes a su entero ejército”. Is 45,9-12.

Cuanto barro quejándose a su alfarero. Cuantas cuentas pedimos de porqué las cosas ocurren como ocurren, o porqué las personas son como son. Hay una exigencia muy enraizada en nuestra forma de mirar la realidad. Nos creemos más listos que nadie y pensamos que nuestro punto de vista es verdad absoluta. Por eso se encabrita tanto el corazón cuando las cosas no son como nos gustaría, y las personas no nos tratan como nosotros pensamos que lo merecemos. De ahí se puede salir cuando nos ponemos el traje de la humildad y del agradecimiento, de reconocer que todo es don, todo regalo, las luces y las sombras. Se puede bendecir el frío y el calor, mis limitaciones y mis talentos. Porque esa parte de contradicción no es problemática, es que justo nos constituye.

Cómo podemos vivirlo. Dependencia radical de quien nos da la vida, acompañado por un deseo de independencia y de autonomía. Autosuficiencia y sentirnos tremendamente necesitados de la aprobación de los demás. Búsquedas de seguridad que bailan con ataques transitorios de locura, y de ganas de empezarlo todo de nuevo. Tradición y vanguardia. Continuidad y ruptura, todo eso junto es lo que somos. Pero se puede armonizar y reconciliar cuando se viven sin tensión, como don, como regalo. El problema es cuando la vida la vivimos como una conquista, intentando arrebatar el cielo, a aquel que nos lo quiere regalar.